

NAVEGAMOS EN LA MISMA BARCA

Por primera vez celebramos hoy el “Día internacional de la fraternidad humana”, que fue fijado para el 4 de febrero de cada año por la Asamblea General de Naciones Unidas, el pasado día 21 de diciembre. En este día, en el año 2019, el Papa Francisco y el Gran Imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayyeb, firmaron un importante documento sobre la fraternidad humana. La Encíclica “Fratelli tutti” del Papa Francisco, firmada en Asís el día 3 de octubre de 2020, quiere recoger y desarrollar los grandes temas planteados en aquel documento.

Esta conmemoración nos brinda la ocasión de recordar una verdad elemental: que todos los seres humanos formamos parte de una misma familia y que, por ello, nos necesitamos unos a otros. Para crecer como personas necesitamos de los demás, porque sólo podemos ser nosotros mismos si vivimos en relación con el otro. En la raíz de nuestro ser está la apertura a los otros; somos constitutivamente seres llamados a trascendernos en el encuentro con los demás.

Sin embargo, domina en el ambiente de nuestra sociedad una indiferencia fría y cómoda hacia el otro y una tendencia a cerrarse en sí mismo, para preservar “mi mundo”. Es la tentación de construir barreras para la autopreservación, de levantar muros que nos protejan de los demás (de los inmigrantes, de los más pobres, de los que no piensan como nosotros,...) Olvidamos fácilmente que todos los seres humanos tienen la misma dignidad inviolable, que debe ser reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias.

La pandemia que estamos viviendo es una oportunidad para darnos cuenta de que nadie se salva solo, de que sólo podemos salvarnos todos juntos, porque todos navegamos en la misma barca y somos parte de la misma humanidad. Sin embargo, no parece que esté generando nuevas formas de solidaridad entre nosotros, sino que cada país –e incluso cada persona– busca salvarse a sí misma (y conseguir la ansiada vacuna) para volver a la vida consumista y egoísta que llevábamos antes del covid-19.

Hemos de recuperar el gozo de pertenecer a una comunidad, la alegría del encuentro, el sabor de la fraternidad. Sería bueno que cada uno profundizara en su propia tradición cultural y de pensamiento, para descubrir las razones que nos llevan a cultivar la amistad social. Las personas religiosas encontramos un fundamento muy sólido a la fraternidad pues creemos que todos los seres humanos son hijos de un mismo Dios y por ello pueden ser llamados de verdad “hermanos”. El diálogo entre las religiones nos ayudará a afianzar esta convicción y a ser instrumentos de paz y reconciliación entre los hombres.

Los cristianos estamos convencidos, además, de que Dios ama a los hombres con un amor infinito, lo que confiere una dignidad inmensa a cada ser humano, al que sólo puedo reconocer como hermano. Además creemos que Cristo derramó su sangre por todos y cada uno, por lo cual nadie queda fuera excluido de su amor ni puede quedar fuera de nuestro horizonte. Nuestra fe nos compromete a amar sin distinción a cada hombre y mujer que habita este mundo.

Quisiera terminar este escrito con unas palabras alentadoras del Papa Francisco en “Fratelli tutti”. Dicen así: “Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (n. 8).